

# BOLETÍN

DE LA

# REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

---

TOMO CCXVII



MADRID  
TOMO CCXVII  
ENERO-DICIEMBRE 2020



† *Excmo. Sr. D. Carlos Seco*



## NECROLOGÍA DEL EXCMO. SR. D. CARLOS SECO

El 12 de abril pasado, en la noche del sábado al domingo de Gloria, falleció, en la soledad colectiva del hospital de San Rafael de Madrid, Carlos Seco Serrano. En lo religioso, murió como católico, consecuente con la fe que practicó siempre; en lo clínico, fue una de las más ilustres víctimas del COVID 19 que, revistiendo la figura de una infección urinaria resistente al tratamiento antibiótico, acabó con su fuerte naturaleza en pocas horas. De esta férrea salud se jactaba don Carlos y nos admirábamos sus compañeros de Academia, que no recordábamos ninguna ausencia, en años, a nuestros actos públicos, nuestras sesiones académicas y nuestras comisiones, hasta que, muy reducidas sus facultades y su movilidad, no pudo acompañarnos más. De esa salud dan fe las cerca de 1.400 asistencias, prácticamente continuadas, a nuestras juntas de los viernes.

España ha perdido, en estos momentos que se precisa tanto de elementos conciliadores, una autoridad respetada e independiente, una de las figuras más preclaras de su presente intelectualidad.

Nacido en Toledo el 14 de noviembre de 1923, era Carlos de rancia estirpe militar castellana de raíces vallisoletanas, cuya hidalguía, litigada en Medina del Campo, se remontaba al siglo XVII. Figuraba grabada heráldicamente en el sello que portaba en su dedo anular y con el que solía jugar en momentos de impaciencia. Castellano también en su manera de ser: caballeroso, austero, elegante, retraído, poco dado a reflejar emociones, comedido y parco en las palabras, ha sido un analista crítico y severo especialmente en sus últimos años; su fuerte carácter podía trocarse, de comprensivo y liberal, en desdeñoso y altivo si advertía un atisbo de fatuidad en su interlocutor... Aunque un tanto cascarrabias en su vejez, no era en absoluto inmune al calor de la amistad, al agradecimiento e incluso a la ternura.

Pese a todas estas connotaciones genéticas y locales, siempre se ha manifestado opuesto y denunciante de un castellanismo añejo, intransigente, en el que cifraba muchos de los males de España, primer fomentador del separatismo, especialmente el catalán, que él vivió con especial tristeza y preocupación. “Replicar a los separatismos divorciados de la historia negando la múltiple realidad histórica en que se resume lo español, sería el peor de los separatismos. Sería empeñarse en desconocer a España allá donde España deja de ser Castilla”,

afirmaría, arremetiendo por igual contra los que consideraba “separatistas” como contra los que tildaba de “separadores”. Con una preciosa imagen identificaría su ideal de comprensión nacional, especialmente aplicable al “problema catalán”, la amistad, humana e intelectual, entre dos grandes poetas: el toledano Garcilaso y el barcelonés Boscán, que calificó de apertura, generosa y fecunda, a todas las versiones de España...Carlos Seco llegaría a considerarse tan toledano como barcelonés.

El recuerdo más extendido de don Carlos Seco se haya ligado a una polémica definición por él acuñada de la España actual como *nación de naciones*, como una sociedad política compleja, muy en consonancia con el criterio de su admirado Cambó, considerando que la diversidad constitutiva de España, entendida como pluralidad general, es enriquecedora y positiva y abarca e integra a todas, que son, a su vez manifestaciones diferenciadas de su propio ser nacional.

Porque en Carlos Seco cabe apreciar al historiador, al pensador, al educador y al político.

\*\*\*

Hijo del oficial de Infantería don Edmundo Seco Sánchez y plenamente integrado en la comunidad militar, los primeros años de Carlos Seco transcurrieron en su ciudad natal, a la que se sintió siempre muy vinculado y que le reconocería como hijo insigne. Su domicilio estaba situado a un lado y a la sombra, alegórica y física, de la inmediata mole del Alcázar, en cuya Academia Militar estaba aquél destinado. Casa visible aún desde la terraza de su ala oeste, que gustaba mostrar a cuantos coincidíamos con él en el Museo del Ejército.

Por motivos de traslado de destino profesional paterno, la familia pasó a la costa rifeña del Protectorado de Marruecos, donde ejerció don Edmundo funciones militares y civiles. Carlos conservaría un recuerdo especial de los paisajes marroquíes, tanto rurales como urbanos, como demostraría en diversas visitas y participando en los proyectos culturales que tuvieron lugar entre 1995 y 2007 en Melilla. En alguna ocasión compartimos Seco, Joaquín Vallvé y yo la evocación de “la blanca Tetuán”, llena de vida, de ruido, de color y de luz, con la que nos relacionábamos por diversas razones.

De los tiempos del Protectorado marroquí emerge su primer contacto con una Monarquía que él defendería, documental y reflexivamente convencido, en toda palestra y respecto a casi todas sus encarnaciones contemporáneas. Aún vívida, casi un siglo después, evocaría la visita a Tétuán de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de 1927, con motivo de sus bodas de plata con el trono y del fin de la terrible guerra norteafricana: la aparición, entre el fervor multitudinario sin excepciones, de unos reyes modernos, sin coronas ni mantos de armiño, circunstancia esta última un tanto decepcionante para un niño de cuatro años

Su subsiguiente y casi inmediato recuerdo trascendente, sorprendente, contradictorio e incomprensible para quien ya hacía deducciones propias, tendría lugar cuatro años después en Villa Sanjurjo, que el advenimiento de la II República convertiría en Villa Alhucemas: masas igualmente exaltadas, pero esta vez marcadas por la repulsa y el odio —él así lo señala— que por el fervor patriótico, que habían cambiado los “vivas” por los “muera”, exigiendo cambiar por la tricolor la bandera que ondeaba en el balcón principal del edificio de la Intervención Civil donde se alojaba la familia Seco. Dos disposiciones populares que en su mente infantil le resultaba difícil conciliar pero que le ayudarían a comprender poco más adelante los vaivenes del devenir patrio.

El comandante de infantería Edmundo Seco pasó a mandar un batallón de ametralladoras acampado en Dar Rius, junto al río Kert, a 75 km. de Melilla, donde 15 años antes había sucumbido heroicamente el regimiento de caballería Alcántara, durante el desastre de Annual, pero el domicilio familiar se encontraba, sin embargo, en Melilla, en un pabellón frente a la propia Comandancia. Su hijo, Carlos Seco Serrano, joven de doce años, cursaba el bachillerato en el Instituto de Enseñanza Media melillense. En él ya había nacido la pasión por el conocimiento y enseñanzas del pasado, alentada por una sencilla maestra local cuyo recuerdo siempre veneraría, aunque más bien dirigida hacia la Historia del Arte que, mucho más tarde, consideraría clave metodológica insoslayable para todo historiador.

Al ocupar el general de brigada Manuel Romerales Quintero, en marzo de 1936, la comandancia de la circunscripción oriental del Protectorado, con sede en esta plaza, frente a la verja del parque dedicado a la sazón a García Hernández, el comandante Seco fue designado como su ayudante, puesto de confianza que determinó el retraimiento en el trato por parte de aquellos de sus compañeros que preparaban el Alzamiento y que, pese a ser conocidas de todos sus ideas conservadoras y su religiosidad, temían una delación de sus planes de cuyo conocimiento fue excluido. La relación entre Romerales, encargado de prevenir y evitar cualquier sublevación, y Seco, comprometido con la lealtad a la República, era estrecha y notoria.

En la tarde del 17 de julio, el general Romerales, ante la inquietante noticia de la reunión clandestina de la oficialidad comprometida en la Comisión de Límites ultimando el golpe que debía producirse al día siguiente, convocó urgentemente a su despacho a algunos de los oficiales más afectos. Edmundo Seco fue uno de los pocos que aconsejó a su general resistir, pero carente éste de medios para hacerlo, fue detenido poco después al adelantarse el levantamiento. Seco, junto con otros que le acompañaban, fue requerido para secundar la sublevación militar y tras manifestar éste públicamente la lealtad a su jefe, fue inmediatamente detenido. La suerte de Romerales se decidió en pocos días, pero Edmundo Seco fue internado en la prisión militar del fuerte de María Cristina en el Polígono de Melilla,

en espera de un juicio que habría de demorarse, casi un año entero. De todas estas circunstancias era perfectamente conocedor y consciente su hijo, Carlos Seco, como prueba el relato que él mismo ha hecho en diferentes ocasiones de estos acontecimientos, subrayando la fuerte impresión que sintió al oír la proclamación del estado de guerra bajo los balcones de su propia casa, con las consecuencias que ello podía traer para los suyos.

Los meses siguientes pasaron para la familia en permanente zozobra. Trasladado el preso al Fuerte Hacho de Ceuta, amigos bienintencionados daban vanas esperanzas a la madre y al hijo señalando que lo peor que podría suceder era el perder la carrera, lo cual era de por sí una tragedia para una economía basada en ella y un supuesto deshonor entre antiguos conocidos de una sociedad muy cerrada. El 15 de junio de 1937 se ejecutaba, sin embargo y en la propia prisión, la inicua y paradójica sentencia de ser pasado por las armas por el delito de rebelión.

Durante su cautiverio, D. Edmundo había continuado practicando el dibujo y la acuarela, para los que había probado gusto y habilidad, dedicando la última de estas, ultimada horas antes de su muerte, y que representaba un zoco marroquí, a su hijo Carlos, quien manifestaría su deseo de que el conjunto de estas obras que él conservaba, quedasen a su muerte en propiedad de la Academia de la Historia, ya que “[s]e trata de testimonios excepcionales de lo que era una prisión militar en los días de la guerra civil, y constituyen, por consiguiente, la ilustración de un capítulo de nuestra historia que merece ocupar lugar destacado en el museo de nuestra R. Academia”.

De labios de Carlos conocí, como algunos otros, los traumáticos pormenores inmediatamente anteriores de la despedida de la familia y de su propio estupor ante unas imputaciones en las que él sólo veía el testimonio hasta las últimas consecuencias de unas virtudes militares y de la lealtad otras tantas veces mostradas e inculcadas en casa. En la superación de esta crisis mucho tuvo que ver la última encomienda del militar a sus hijos de perdonar evangélicamente a sus ejecutores y de trabajar, en la medida de sus posibilidades, por una auténtica reconciliación nacional: “perdono a los que consciente o inconscientemente contribuyeron a mi descrédito y a mi muerte”, dejaría escrito en su última voluntad, porque le preocupaba su desaparición, pero también que su memoria fuese calumniada o su actitud tergiversada. Siguiendo esta exhortación, Carlos Seco no sólo perdonó, sino que nunca quiso aprovecharse de su condición cierta de víctima; fueron otros quienes se la pidieron recordar, atendiendo a motivaciones diversas. Seco admiraría en Claudio Sánchez Albornoz, a quien recibiría en Barajas al regresar del exilio en 1976, su talante ejemplar, sin pronunciar “ni una frase condenatoria o vindicativa”, lo que venía practicando él desde su propia tragedia.

La conservación de su aprecio por la institución militar quedaría reflejada en su opinión manifiesta y en sus escritos. El Ejército haría público reconocimiento 60 años después mediante el otorgamiento por Juan Carlos I de la gran cruz del

Mérito Militar, con distintivo blanco, “en atención a sus méritos”, pero también a sus “circunstancias”. La imposición tuvo lugar, con toda pompa y oportunidad en la Academia de Infantería, al otro lado del Tajo, frente a la antigua, heredera de aquélla en la que ingresó y a la que fue luego destinado Edmundo Seco. El Jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente general José Faura, reconoció públicamente las virtudes castrenses del padre y, en su hijo, su enorme aportación a la historia militar, en tiempos poco receptivos en las aulas universitarias.

Su trayectoria, en efecto, era doblemente ejemplar, docente y constructiva: por su trabajo intelectual y por su actitud vital personal. Seco ha definido al Ejército de nuestro momento, juntamente con el Rey, como la institución que mejor representa el sentido de la continuidad y del servicio, factor de nuestra paz, afirmando respecto a la actitud de don Juan Carlos ante los acontecimientos políticos trascendentales que le tocó vivir como “[e] más alto ejemplo de comprensión y generosidad magnánimas”, frase que pudiera sorprender en boca del hijo de un icónico defensor de la República.

Finalizada la guerra, la familia, compuesta por la viuda y tres hijos, se trasladó a Madrid, a la calle de la Madera, al modesto piso donde vivía una hermana de don Edmundo. Carlos lo evoca muy dañado por la guerra, del que se habían arrancado las puertas para poder quemar su madera y de baño vecinal compartido, pero que gozaba de una ventaja indudable, su proximidad al caserón de San Bernardo, sede a la sazón de las facultades de Filosofía y Letras, Derecho y Ciencias, de la Universidad Central de Madrid. En la primera de ellas empezó Carlos a cursar los “estudios comunes” en 1941, mientras compaginaba el horario con algunos trabajos con que ayudar en una casa sin derecho a pensión alguna.

Lector infatigable y dotado de una extraordinaria capacidad de trabajo, ya estaba decidido por la sección de Historia y su experiencia vital no era ajena a esta elección, ya que podría responder a su inquietud de hallar razones o raíces para la terrible tragedia nacional que supuso la Guerra Civil, cuyo impacto en su hogar y en su vida había sido tan determinante.

En la nueva sede de la Ciudad Universitaria, su despierta inteligencia y su gran tesón le permitieron finalizar con gran brillantez la carrera con premios extraordinarios de licenciatura (1945) y de doctorado en 1950, y descubrir también su deseo de compartir sus conocimientos con la aplicación a la docencia y progresar en ellos mediante la investigación propia. Tras compartir durante varios años la primera como profesor de enseñanza media en el instituto Ramiro de Maeztu, con la investigación como becario del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pasa Carlos Seco a ser profesor en la Universidad Central, opositando y ganando en 1953 la adjuntía de Historia General de América. Como becario de la fundación Conde de Cartagena y pensionado por la Real Academia de la Historia, trabaja en el Archivo Mediceo de Florencia en 1956.



Nada en su vida debería don Carlos al favor, pero en los claustros madrileños dos maestros, a los que honraría en sendos trabajos, le dejarían profunda y especial huella y le vincularían a sus proyectos: Ciriaco Pérez Bustamante y Jesús Pabón. El primero de ellos había dirigido su tesis doctoral: *Relaciones diplomáticas entre España y Venecia en la época de Felipe III*. De ella don Ciriaco reconocería generosamente haber sacado datos para sus propias investigaciones. Sólo la conocemos fraccionada y ampliada por realizaciones posteriores hasta 1959, publicada, en forma de ensayos, artículos o prólogos por el *Boletín de la Academia de la Historia*, la Universidad de Madrid, *Arbor* o Espasa-Calpe.

Esta característica de nunca dar por concluido un trabajo, volviendo a él, sería muy destacable en Carlos Seco. El estudio realizado sobre esta base: *El marqués de Bedmar y la política de España en Italia*, analizando en feliz semejanza la estancia del plenipotenciario en Venecia (1607-1618) como un drama en tres actos y epílogo, es, además una pieza literaria. Porque el autor había alcanzado ya un estilo propio, pulcro, exacto, muestra de un dominio del lenguaje que pocos pueden alcanzar. Miguel Artola, con quien compartiría *La España de Fernando VII*, no se cansaría de elogiar “su bien cortada pluma”.

Pérez Bustamante, detentador de la cátedra de *Historia Universal de la Edad Moderna* y de la acumulada más tarde de *América en la Edad Moderna y Contemporánea*, que ya le había abierto el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, le asociaría al magno proyecto de potenciar la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, con nuevos volúmenes preparados y acompañados por estudios históricos preliminares de sus alumnos más destacados, como Juan Pérez de Tudela, Miguel Artola, Manuel Fernández Álvarez o Jorge Campos, que pudieron escoger sus preferencias. El primero se centraría en textos indianos y el último en los románticos. A partir del nº 72 de esta colección, la participación de Carlos Seco se repite hasta pasada la década siguiente, respecto a los trabajos, personajes y época de Fernández de Navarrete, de fray Prudencio de Sandoval, de Godoy, del marqués de San Felipe...resultando el dedicado a Larra uno de los más elogiados de toda la antología: “La crisis española del siglo XIX en la obra de Larra” en que analiza la evolución de sus ideas en relación con los sucesos políticos y la situación social de su tiempo. En su evocación de “Fígaro”, de 1960, cifra su propia vocación periodística que llegaría al extremo de provocar entrevistas y contactos personales con figuras mayores que supiesen informarle sobre momentos y circunstancias que él no había vivido. Aprovecharía sendas visitas a Buenos Aires, con motivo de congresos americanistas entre los que, sin perjuicio de sus otros objetos de atención, militó, para departir y estrechar lazos, desde entonces permanentes, con Claudio Sánchez Albornoz.

La relación entre Bustamante y Seco, mentor y pupilo, fue especial, estrecha, ejemplar; basada en una mutua admiración y en la circunstancia de que ambos eran víctimas de la Guerra Civil en las personas de sus padres, en bandos

opuestos, ya que el de don Ciriaco había sido fusilado, pese a su ancianidad, por los republicanos, en 1936. Convencido éste de lo inexorable de la contienda desde los desmanes de 1934, y don Carlos de que faltó generosidad y comprensión en ambas partes para evitarla, convencido de que hubo oportunidad de diálogo. Siempre la vio como una guerra en la que la culpa la tuvieron unos y otros: “No salvo ni a los de la derecha ni a los de la izquierda, y hay que evitar poder llegar otra vez a una situación como esa”.

Un homenaje a su maestro, publicado en la *Revista de Indias* que éste dirigía y de la que venía siendo redactor Carlos desde 1948, constituye el mejor estudio sobre la obra y personalidad de quien fuera una de las autoridades culturales del momento. En esta publicación y en 1955 había ensayado una brillante incursión en el americanismo: “Algunos datos definitivos sobre el viaje Hojeda-Vespucio”, con grandes aportaciones sobre la salida de la expedición, el número de naves empleado, lugar de partida desde las Canarias o el rol de la tripulación. Investigación que completaría y expondría en el Congreso de Historia del Descubrimiento organizado por la Academia de la Historia en 1992. Una vez fallecido don Ciriaco, en 1975, don Carlos prologaría la edición póstuma de su *España de Felipe III*, tomo XXIV de la de Menéndez Pidal (1979).

Pero si Pérez Bustamante fue importante en su vida, aún lo fue más un hidalgo sevillano: Jesús Pabón y Suárez de Urbina, a quien conoció mientras cursaba el último curso de la carrera. Pabón acababa de reincorporarse a su cátedra de Historia Contemporánea, tras haber sufrido un periodo de confinamiento —político en su caso— en 1944, por haber promovido un escrito de adhesión a don Juan de Borbón, a pesar de su pasado de hombre de la CEDA, junto con otros eminentes catedráticos: López Ibor, confinado en Barbastro; Alfonso García Valdecasas, en Alcañiz, o Julio Palacios, en Almansa.

Impresionado por el trabajo intelectual y el comportamiento de quien se convertiría en amigo y confidente, Seco compararía sus grandes valores con la situación posterior de pérdida paulatina de éstos entre investigadores y docentes: “el olvido de la ética tradicional (que noconvencional), la moral del éxito, la relativización de los valores espirituales me hace añorar de continuo el firme asidero de los criterios jamás abandonados por Pabón”.

Carlos Seco vio en Pabón un modelo al que imitar, y Pabón en Seco al discípulo ejemplar, su prolongación en el tiempo debidamente adaptada a las actualizaciones investigadoras y metódicas. El sentido obsequio de Carlos a “Jesús Pabón: el hombre, el político, el historiador, en su homenaje”, de 1978, recoge todos estos sentimientos.

Durante los años cincuenta la actividad como investigador y conferenciante de Carlos Seco se acrecienta, iniciándose una colaboración muy diversificada y amplia en revistas especializadas de las que la *Revista de Indias*, la de la

Universidad de Madrid, la de Occidente o el *Boletín de la Academia de la Historia* serán, paulatinamente, las más habituales.

En noviembre de 1957 gana Carlos Seco la cátedra de Historia General de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Esta ciudad le marcaría indeleblemente al detectar en ella la huella viva del pasado en sus arquitecturas urbanas y en su vitalidad, y Cataluña entera lo haría como fuerza regeneradora de la España total. En su trato coloquial dejaría colar, a partir de entonces, alguna frase o aforismo en catalán y el recuerdo de su alumnado fue constante, afirmando en confidencia que en Barcelona tuvo discípulos y que en Madrid sólo alumnos.

Su gran labor, patente en sus trabajos e investigaciones sobre la historia catalana, en el gran número de tesis doctorales por él dirigidas y en la dirección del Índice Histórico Español, fue reconocida en su ingreso como correspondiente de la Real Academia de la Historia por esa ciudad en 1967 y como numerario de la Academia de Buenas Letras de la misma, en 1970. Actividad completada por la que desde el año anterior desempeña como profesor de la Escuela Diplomática de Madrid, que durará hasta 1979.

El núcleo de su actividad científica cardinal se desarrolla en esta etapa fructífera de más de dos décadas. En ella don Carlos muestra conocimiento y talento fuera de lo común para tratar los temas más diversos. Inicia unos que perfeccionará o completará más tarde, a veces años más tarde, y se convierte en un autor “de moda” por la originalidad de sus planteamientos.

La figura de Alfonso XIII es analizada, bajo una nueva óptica, en un brillante ensayo al que seguirían otros estudios reivindicadores que despertarían el aplauso o el disenso, según los sectores de una crítica que empezaba ya a polarizarse. Destacó la necesidad de alejarse de una imagen tópica y negativa, subrayando la figura del monarca como integradora e impulsora de la reconciliación entre los españoles, que nunca confundió la monarquía con el país, pero cuyo error fundamental fue no entender el problema nacionalista ni el auge de las aspiraciones regionalistas que ya estaban en marcha al comenzar su reinado.

No se puede comprender a Seco sin considerar su constante preocupación por compaginar unidad y diversidad nacionales.

Época la de Alfonso XIII para él sin duda convulsa a nivel mundial, pero también fructífera; edad de plata de la cultura española, desde las generaciones del 98 al 27, con empeño especial del Rey en el proceso de urbanización y en la lucha contra el analfabetismo. Uno de estos trabajos, el libro *La España de Alfonso XIII: el Estado, la política, los movimientos sociales*, recibiría el Premio de Ensayo y Humanidades “José Ortega y Gasset”, en 2003.

Las grandes figuras de la Restauración, especialmente la de Cánovas, fueron objeto de su certero enfoque, consiguiendo la renovación de los estudios en torno a este período, ejerciendo una fuerte influencia entre los historiadores que se han

dedicado a él. Su monografía *Alfonso XII* es un estudio de su dimensión política en un periodo clave en el que se superan los pronunciamientos y se potencia la convivencia nacional gracias a la colaboración fructífera entre los dos partidos mayores, bajo un supremo arbitraje, precursora del bipartidismo.

A la consideración general de monárquico convencido y de “historiador liberal en tiempos dictatoriales” que a partir de entonces llegó a merecer, le llevó el profundo estudio de reyes y de reinados en los que destacaría luces y sombras personales con criterio desmitificador y de reinterpretación en un uso académico legítimo, revitalizando, de paso, el género biográfico. De un lado, la bondad de Carlos III; la justificada confianza de sus herederos Carlos y María Luisa en Godoy, al margen de la consabida y dudosa clave erótica generalizada; el “cristianismo” de Alfonso XII, tildado de agnóstico por Javier Tusell, por otra parte, buen amigo de Seco. De otro, la cobardía arraigada y reincidente de Fernando VII, una auténtica tara esencial, origen de su “transfiguración popular”; y el coincidir esencial con Galdós en la distinción entre las cualidades innatas de doña Isabel II –bondadosa, generosa y patriota– y los “condicionantes”, ajenos a su voluntad, que las neutralizaron desastrosamente.

De todas las “testas coronadas” fue D<sup>a</sup>. Victoria Eugenia de Battenberg, quien le mereció mayor admiración y afecto “desde la emoción del recuerdo y desde la convicción del deber”, como señalaría en el recuerdo público que la Real Academia de la Historia le dedicó en 2009. Muy de cerca en su aprecio seguiría a “su reina”, D<sup>a</sup>. Sofía de Grecia.

En febrero de 1975, Carlos Seco pasa a ocupar, por concurso de traslado, la cátedra de Historia Contemporánea de España en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, de la que fue nombrado decano al año siguiente. Jubilado en 1989, continuaría su magisterio como profesor emérito hasta el año 1995 en que cesó su actividad docente universitaria.

Participaría al año siguiente, 1976, junto con el resto de los españoles, en la empresa, “casi milagrosa”, de reconciliación acometida por Juan Carlos I en la que cifra la construcción de un Estado democrático, atento a la realidad de España y del tiempo, y que abrió camino luego a aspiraciones históricas de los pueblos españoles no castellanos, erróneamente sofocadas durante medio siglo. Espíritu que defendería hasta su muerte.

Porque Carlos Seco ha sido, no sólo un historiador excepcional, sino un politólogo, cuya formación en las ramas sociales y humanísticas relacionadas con la gestión de los asuntos de interés público se encuentra enraizada en el análisis y meditación de nuestra Historia, sin concesiones políticas ni ventajas personales e imbuido de un sentido común y de un instinto natural ausente de prejuicios. Fue enemigo declarado de las “historiografías oficiales”, fueran de corte triunfalista y ditirámica, o de memoria parcial, con persecución u ostracismo de disidentes,

en ambos casos. Preguntado por un periodista en 2007 sobre su opinión sobre la “memoria histórica” actual, declaró:

Como historiador, no puedo rechazar la memoria histórica. Lo que no puedo aceptar es la memoria histórica parcial. Un historiador no puede concebir la Historia como un enfrentamiento entre buenos y malos. La misión del historiador está precisamente en buscar o entender la razón de unos y otros

En Madrid, Carlos Seco se manifiesta como hermeneuta de la historia política nacional aplicada y como un comentarista cuya opinión, apoyada por la claridad de exposición emanada de una claridad de pensamiento y envuelta en una forma literaria envidiable, se disputan los más importantes medios nacionales de comunicación en el género fundamental del periodismo, el artículo, sobre hechos de interés colectivo, social o político. Artículos “de fondo”, como los contenidos en la sección de *ABC*, “La España de todos”, acreditados en su indiscutible autoridad ética y en la experiencia que le proporcionaba toda una vida de estudio de la convivencia entre los españoles.

Retoma en este momento su relación con el guía Pabón, lúcido y aún activo, y con la Real Academia de la Historia, ordenando y desgranando el archivo de Eduardo Dato.

El domingo 5 de febrero de 1978 se celebraba la solemne recepción pública de Carlos Seco como académico de número de la Real Academia de la Historia, para cuya medalla XII había sido elegido el año anterior. El destino había depurado que pasase a ocupar la vacante generada por el fallecimiento de su venerado D. Jesús Pabón y que la presidencia del acto correspondiera a la de la propia Academia, encarnada en otro maestro de otrora, el insigne historiador del arte Diego Angulo, a quien correspondió también el discurso de contestación. La mesa presidencial la ocupaban también otras dos grandes figuras: El secretario perpetuo, Dalmiro de la Válgoma, y el censor, Luis García de Valdeavellano.

El archivo de Eduardo Dato sería la materia de su oración de recibimiento: *Perfil político y humano de un estadista de la Restauración; Eduardo Dato a través de su archivo*, en él demostró su maestría y predilección por los trazos políticos y humanos y su terminante interconexión.

El retraído Seco, de escasa vida social, encontraría una cálida acogida en el matrimonio formado por Válgoma y Elena Quiroga, pasando a ser del grupo de “íntimos”, asistiendo a sus veladas en el ático de León 21, visitándolos en sus vacaciones veraniegas en el pazo de Nigrán y recorriendo con ellos la playa pon-tevedresa de Bayona. A Carlos Seco correspondería la ingrata labor de hacer la necrológica de don Dalmiro, fallecido en 2006, “huella viva de toda una época”.

Deliciosa obrita llena de anécdotas y de recuerdos entrañables. Buena parte de la afección genérica a la familia real y al Ejército, detectable en cualquier momento analizado por Seco, está relacionada, a mi entender, con el calado que las “devociones” del pulcro Válgoma tenían en él.

El 15 de diciembre de 1986 recibía el Premio Nacional de Historia, el máximo reconocimiento anual a la mejor obra de un historiador dentro del aporte histórico de España: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, aunque cualquier otro de sus trabajos mayores pudiera haber merecido este galardón, al que completaban o completarían en el extranjero las Palmas Académicas del Ministerio de Educación francés y la condición de Académico de Mérito de la Academia Portuguesa da Historia.

A la muerte de García de Valdeavellano, en 1988, fue elegido como trigésimo octavo censor perpetuo de la Academia y, como titular de la cátedra instituida para el curso académico 2003-2004 en honor de aquél, jurista por la Fundación Duques de Soria.

La censura académica la ejerció don Carlos con gran dignidad y acierto manifiestos en sus múltiples informes y en la dirección del *Boletín*. En las sesiones ocupaba la maciza butaca que correspondía a su cargo, a la izquierda de la presidencia, sirviéndose de su bastón para completar la misión de la campanilla y para requerir la atención o el silencio de la audiencia. En ocasiones, cuando su contera golpeaba el suelo alfombrado amortiguándose el sonido, la requisitoria se veía acompañada por su potente voz que imponía silencio y sobresaltaba a algún aletargado.

Su elegante despacho de censor en el edificio anejo del Palacio de Molins, habilitado para las necesidades de la Academia por su Director, Jesús Pabón, una década antes, decorado con los retratos de muchos de los personajes por él estudiados, amplio y solemne, ofrecía, sin embargo, poca comodidad a los visitantes y alumnos que lo frecuentaban. Sólo una butaca, frente al ilustre interlocutor, solía permanecer dispuesta, ya que el resto del mobiliario lo ocupaban pilas de legajos y publicaciones del trabajo que tuviese entre manos, al igual que la mesa principal y otros muebles auxiliares.

Fue en sus primeros años de académico cuando tuve la ocasión de conocerle en persona, tras una memorable conferencia sobre Leopoldo O'Donnell en un importante foro madrileño. O'Donnell, como otros personajes integradores y moderados, era objeto del estudio preferente de Carlos Seco, quien encomiaba su centrismo integrador, capaz de coordinar las ideologías —moderada y progresista— bajo el signo de su común liberalismo. La Academia le encargaría su biografía para el *Diccionario Biográfico Español*, junto a otras muchas. Don Carlos presidiría las jornadas que la Real Academia de la Historia dedicó a este personaje, con ocasión del 150 aniversario de su muerte, que tuve el honor de dirigir.

Establecida una relación que pasó de cordial a estrecha, en nuestro trato frecuente y en las dedicatorias manuscritas de sus obras con que me obsequiaba me llamaba “mi general”. En todas ellas me expresaba su afecto en unos términos que su recato oral le impedía manifestar.

De trato lacónico, era tan poco amigo de manifestar sus sentimientos como del debate directo sin objeto, evocando a Julián Marías, repetía insistentemente: “no hay que intentar convencer a quien no se va a convencer”, a no ser impelido por su sentido del deber docente. Su carácter, algo introvertido, agudizado en los aspectos más externos por la edad, la sordera y el desvalimiento de su soltería, podía resultar en ocasiones brusco y huraño, pero ocultaba una gran dosis de humanidad. Este temperamento, que padeció con mansedumbre un amigo entrañable suyo, otro de los pilares de la Academia, el complaciente Eloy Benito, no se reflejaba, sin embargo, en sus escritos, en sus conferencias y en sus dictámenes que rezuman, en su sencilla y elegante exposición, buen juicio, capacidad de comprensión y apertura al diálogo, consecuencia de un saber general y de un conocimiento poco común del corazón humano opuesto al sectarismo y a la pasión partidista. Su alumnado es testigo unánime a la hora de subrayar su paciencia de explicar lo evidente, de razonar lo obvio y de sobrellevar la jactancia, siempre que se tratase, efectivamente, de alumnos. Recordaba a muchos, últimamente y con especial afecto a Ángeles Civera —Ángels para él— y a Pablo González-Pola.

Aunque no fuera pródigo en expresiones humorísticas, tenía una gran agudeza, incluso autocrítica. Consciente de esa aparente contradicción entre su trato, sus escritos y sus muy famosas y concurridas clases, comentaría con humildad en una ocasión, esgrimiendo una irónica sonrisa, muy habitual en él, que hay personas que es mejor conocer por sus trabajos.

Su elegante presencia emanaba satisfacción: la que produce toda una vida dedicada a un trabajo gratificante regido por el rigor y la ética, que le invitaba a despreciar la crítica de quienes no considerase a su altura y deseaban presumir de que él tuviese en cuenta sus “particulares rabietas”. Porque don Carlos fue inevitablemente polémico por la proyección política actual de sus reflexiones históricas que gustaba adaptar al día a día parlamentario y nacional.

Esa alegría interna se mostraba tarareando entre dientes, incluso en actos de cierta solemnidad, zarzuelas, a las que era muy aficionado, mientras lo acompañaba con movimientos de su peculiar bastón de empuñadura plateada y en forma de cabeza de ave que usó desde que le conocí por distinción y, más tarde, también por necesidad. Bastaba con que un compañero de sillón igualmente aficionado, como Eloy Benito, le susurrase unos compases, para que él los continuase durante largo rato. La muerte, casi consecutiva, de dos grandes amigos, el venerado

Gonzalo Anes, quien le correspondía con igual dosis de admiración y respeto, y el querido Eloy, le sumieron en una novedad anímica: la melancolía.

Algo misógino, su austera vida de solterón y el escaso tiempo que dedicar a otra cosa que no fueran sus múltiples compromisos intelectuales, le llevaban a frecuentar los restaurantes más próximos a su domicilio y a las sedes de sus actividades: los de los barrios de Chamberí y de las Cortes, donde, conocedores de sus preferencias y de acuerdo con la especialidad del día, procedían a servirle sin ni siquiera preguntarle. A los que le acompañábamos, sugería, pero no imponía, y siempre acertaba. Dulcero empedernido, aunque comedido, la cocina castellana era de su especial predilección: la medieval y contundente “olla podrida”, el “platonazo” del Quijote, la morcilla, quesos y legumbres y alubias rojas del Arlanzón...

Los anticuarios de esos mismos barrios eran frecuentemente visitados por él, buen conocedor. En uno de ellos y tras varias visitas y forcejeos, adquirió un precioso retrato de María Luisa de Parma, ejecutado por José Madrazo en Roma, que quería constituyese su principal manda a la Academia, “que durante tantos años ha sido mi segundo hogar”, junto con un San Pedro Nolasco, atribuido a Lucas Jordán, y otros óleos y dibujos de notable interés, así como buena parte de su biblioteca. Todo ello, junto con sus bienes inmuebles, constituye hoy su legado testamentario material de la Academia.

En otra tienda de antigüedades, de la calle del Prado, encontró un grabado de Leopoldo O’Donnell, que yo desconocía, pese a jactarme de poseer una buena colección, y que figura ahora en ella gracias a él, para el recuerdo personal de ambos próceres, tan relevantes para mí.

Feligres asiduo y fervoroso de sus consecutivas parroquias, una de sus devociones era la de Jesús de Medinaceli, cuya basílica, tan próxima a la Academia, formaba parte también de su ruta frecuente y de su rutina.

De Madrid le gustaba todo, pero no resistía los calores estivales y, en cuanto se cerraban las actividades académicas, iba a Burgos, junto con su hermana Mari Luz, con la que pasó los últimos años en Madrid, cuando necesitaba de cuidados especiales. Burgos le fascinaba no sólo por su frescor veraniego y su gastronomía, sino como admirador del arte que encierra: “parece plasmar en su fisonomía el tránsito del otoño de la Edad Media al primer Renacimiento”. Se preocupó siempre por la conservación de sus monumentos y sus piezas histórico-artísticas.

Fallecida su hermana, permaneció en la casa madrileña de la Ribera del Manzanares, moderna y muy luminosa, lo que apreciaba mucho, pero no sin echar de menos la suya de la calle Espronceda, separado de sus muebles de estilo y de sus archivos. El atento cuidado de sus sobrinos veló por él hasta su último momento.

Condecorado con la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (2002), de los diversos homenajes en reconocimiento a su labor docente y de



investigación, fue el último el tributado a su antigüedad académica por el Instituto de España el 13 de diciembre de 2016, en el que el Instituto y la Academia me distinguieron al encargarme el merecido panegírico de nuestro decano. No pudo hablar, sino sólo agradecer con emocionados gestos; durante algunos minutos, los presentes tampoco pudimos hacerlo.

Fue el acto oficial final, emotivo y sencillo, de un hombre bueno y sabio que supone en la historiografía española un ejemplo de humanismo.

HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, DUQUE DE TETUÁN  
Censor de la Real Academia de la Historia